

La historia de las emociones, ¿de qué es historia?

What is the History of Emotions the History of?

Javier Moscoso
Instituto de Historia
Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC

Recibido: 03.03.2015
Aceptado: 17.04.2015

RESUMEN

Este texto defiende que la comprensión histórica de las emociones, entendidas como construcciones culturales, es un programa de investigación necesario pero insuficiente. Sin desmerecer la aportación de la historia cultural al estudio histórico de las experiencias emocionales del pasado, este artículo aboga por sobrepasar los límites de la investigación contextual y encarar, siguiendo los programas de investigación desarrollados de manera independiente por Peter N. Stearns y William M. Reddy, la relación entre las emociones y el cambio social.

PALABRAS CLAVE: emociones, historia, historia cultural, historia social, emotivos, emociología

ABSTRACT

This article argues that the historical understanding of emotions, seen as cultural constructs, is a necessary though limited research program. Without detriment to the contribution that cultural history has made to the historical study of the emotional experiences of the past, this article attempts to go beyond the limits of contextual research and approach the relationship between emotions and social change following the independent research program developed by Peter N. Stearns and William M. Reddy.

KEY WORDS: emotions, cultural history, social history, emotives, emotionology

1. INTRODUCCIÓN

La historia de las emociones parece dedicarse, por la naturaleza misma de su denominación, al estudio de las experiencias afectivas y emocionales del pasado. En esta ingente tarea, la descripción de los contenidos privados de la conciencia confluye con la historia de otros elementos subjetivos que, de manera consciente o inconsciente, interfieren en las decisiones y acciones individuales o colectivas. Desde finales del siglo XX, los enfoques

relacionados con esta corriente historiográfica han incrementado su producción intelectual y su peso institucional en el mundo académico. Rescatando el lema nietzscheano de que había que dar color a la existencia, los historiadores culturales, los críticos literarios, los historiadores del arte o de la ciencia se han lanzado en tropel para iniciar una recuperación de la experiencia subjetiva, sumándose así a otras ciencias humanas y sociales que, como la antropología, la sociología o la psicología, ya venían investigando los elementos emocionales de la cultura desde la década de 1970.

Desde un punto de vista institucional, asistimos a una cierta tensión entre facciones competidoras, con metodologías distintas y marcos teóricos variados. Sus resultados dependen de la aproximación historiográfica en la que se inscribe su investigación o de la comprensión, más o menos explícita, de su objeto de estudio, es decir: de la manera en la que las distintas corrientes interpretan las emociones, los afectos o las pasiones del pasado. Y aquí cabe hacer algunas clarificaciones. En primer lugar, no todo el mundo está de acuerdo en lo que debería incluir una historia de las emociones. La *histoire des sensibilités* que se practica en Francia, por ejemplo, refiere elementos sensoriales y afectivos que se encuentran ausentes en otro tipo de estudios. Las *sensibilités* no se parecen a los afectos, ni estos a su vez a las pasiones. Sin duda que lo que los alemanes denominan *Gefühlen* no coincide por entero con lo que los anglosajones denominan *emotions*¹. Para el filósofo Robert C. Solomon, por ejemplo, las emociones son un tipo de acto: “*They are not entities in consciousness, but acts of consciousness*” (Solomon, 2008). La historiadora Monique Sheer, por su parte, entiende que la historicidad de las emociones depende de que las comprendamos como “prácticas” o disposiciones corporales determinadas por el contexto social; un punto de vista también defendido de manera independiente por Jo Labanyi o por Johanna Bourke, pero que hunde sus raíces en las consideraciones en la filosofía del filósofo John L. Austin y su teoría de los actos de habla (Sheer, 2012; Labanyi 2010; Bourke, 2003). Mientras que en psicología, la comprensión de las emociones bascula entre el funcionalismo de Damasio y la *Appraisal Theory* defendida sobre todo por Nico H. Frijda, la antropología cultural, por su parte, las ha interpretado como realidades culturales, resultado de las formas de organización social.

Las características propias del denominado *giro afectivo* norteamericano también proporcionan elementos de análisis cultural, pero no necesariamente histórico (Masumi, 2002). Para algunos autores, las emociones designan al mismo tiempo un cierto tipo de experiencia y el objeto de esa experiencia (Oatley, 2004). Para otros, las emociones son prácticas culturales. No es de extrañar que, ante semejante disparidad, los marcos teóricos tampoco coincidan. La historia de la economía moral de las emociones que plantea el Max Planck no se parece ni a la historia de las ideas que se practica en el Queen Mary de Londres ni a la historia de las prácticas emocionales que reivindica la antropología histórica. La *aesthesiología* que propuso en su día Joanna Bourke convive con la *emocionología* de los Stearns, con las *comunidades emocionales* de Barbara Rossenwein, con los denominados *estilos emocionales*, una expresión que suele utilizarse de manera más o menos acrítica, o con los *regímenes* y *refugios emocionales* de William M. Reddy². Y no hay nada extraño en estos desacuerdos. Después de todo, no parece lo mismo escribir la historia de las prácticas emocionales que de las expresiones pasionales; no es lo mismo referirse a las pautas de conducta social que delimitan los regímenes emocionales que a la historia de las comunidades emocionales. Una historia de la economía moral de las emociones difiere de

1 Para dos aproximaciones distintas, véase Plamper, 2012 y Dixon, 2013.

2 Véase por ejemplo Bourke, 2003; Dixon, 2003; Konstan, 2007; Moscoso, 2012; Reddy, 2001; Rosenwein, 2006.

una historia política de las pasiones, del mismo modo que la historia de la experiencia que reivindica nuestro equipo de investigación en Madrid no comparte muchas de las premisas historiográficas presentes en el mundo anglosajón (Moscoso, 2014a y 2014b). Si la historia de las emociones fuera una moda, sería una moda necesaria. Pero si la moda está llamada a durar algo más que una década, parece importante esclarecer cuáles son los aspectos más relevantes de esta historia que no se pone de acuerdo ni en su objeto ni en su tratamiento.

Este texto defiende que la comprensión histórica de las emociones, entendidas como construcciones culturales, es un programa de investigación parcialmente agotado que conduce a caminos ya trillados o a callejones sin salida, ya sea desde el punto de vista teórico o historiográfico. Para producir resultados de interés, la historia de las emociones debe partir de varias condiciones previas. En primer lugar, debe ser *explicativa*. En segundo lugar, debe ser *política*. En tercer lugar, debe potenciar los estudios comparados. Para defender esta postura, partiré de un análisis de algunas corrientes historiográficas relacionadas con el estudio histórico de las emociones, especialmente la emociología y la teoría de la navegación emocional de William M. Reddy.

2. EMOCIONOLOGÍA: LAS REGLAS DE LA EXPRESIÓN EMOCIONAL

Emociología fue el término acuñado por Peter N. y Carol Z. Stearns en 1985 para referirse al conjunto de códigos y reglas que determinaban las experiencias subjetivas o, según sus propias palabras “*the collective emotional standards of a society*” (Stearns y Stearns, 1985: 813). En sus inicios, la emociología hacía referencia a todos aquellos factores capaces de configurar o de reprimir, ya fuera de manera implícita o explícita, las pautas de expresión emocional. Siguiendo las directrices trazadas por la antropología cultural, la psicología o la sociología, los Stearns argumentaron que todas las sociedades poseían un sistema normativo que regulaba las expresiones y conductas emocionales. El estudio histórico de estos *estándares emocionales* se asemejaba a los planteamientos defendidos en su día por Norbert Elias en relación al proceso de civilización. En ambos casos, el énfasis recaía en una sociología del cambio histórico frente a una lectura estática de la estructura social. La obra de Elías planteaba, en efecto, un modelo explicativo de interiorización civilizatoria de las normas que habían regulado, históricamente, la expresión afectiva y sensorial, las funciones corporales, las reglas de conducta social, en la mesa por ejemplo, así como las formas de hablar o las maneras de sentir. Deudora de esa tradición, la emociología intentaba esclarecer de qué manera las modificaciones en las normas de expresión o represión emocional podían dar cuenta de otros cambios sociales, o al contrario, hasta qué punto algunos cambios sociales podían considerarse responsables de nuevas normativas emocionales, como la que rige, pongamos por caso, el sentimiento de asco. La emociología de los años ochenta intentaba así integrarse en el contexto de la historia social -Elias hubiera dicho de una teoría dinámica de los procesos de cambio-, por más que el objeto de su indagación no fuera sólo “los de abajo”, sino también “lo de abajo”; no sólo el paciente, el loco o el marginado, sino también el bajo universo emocional de los “de arriba”.

Este intento de hacer confluir la historia de las emociones y la historia social se dejó sentir en dos grandes problemas. En primer lugar, había que esclarecer hasta qué punto la normativa emocional de la vida familiar había cambiado en relación al mundo pre-moderno. Buena parte de la discusión de los Stearns, incluyendo su interés en distinguir entre la experiencia y la expresión de las emociones, conducía a una relectura crítica de algunas de las obras seminales relacionadas con la historia continua o discontinua de la infancia, de la

violencia, de la familia o del amor. En segundo lugar, había que discernir si la historia social se encontraba anclada a una explicación meramente racional de la acción colectiva. En lo que respecta a este segundo punto, el terreno parecía abonado para proponer una nueva teoría de la acción social, puesto que incluso en aquellos casos en los que había parecido necesario remitirse a formas de irracionalidad, muchos historiadores de los años sesenta y setenta intentaron eliminar los elementos emocionales de la conducta social. Aquí cabe pensar sobre todo en las obras de George Rudé o de Charles Tilly que, oponiéndose a las ideas de Gustave Le Bon, consideraron irrelevantes las emociones a la hora de dar cuenta de las acciones humanas, explicando en su lugar la agencia colectiva en términos de motivación racional (Rudé, 1964; Tilly, 1975, 1978). Para los Stearns, sin embargo, el estudio histórico de la protesta social, así como las formas de actuación de la masa, del pueblo, del populacho o de la multitud, parecía requerir algo más que una mera adecuación racional de medios a fines. La idea de una historia de la economía moral de las emociones, defendida ahora desde el Max Planck de Berlín o desde nuestro equipo de investigación en Madrid (Frevert, 2011; Moscoso, 2014) contiene en este caso muchas resonancias con la economía moral de la clase obrera, propuesta en su día por el historiador E.P. Thompson (Thompson, 1971), así como con la idea de una economía moral de las prácticas científicas de la historiadora Lorraine Daston (Daston, 1995).

En relación al problema de la continuidad o discontinuidad emocional, los años sesenta y setenta del pasado siglo produjeron una cantidad ingente de obras que, ya fuera en relación con la historia de los animales, de la familia o de la infancia, venían a incidir en la fractura entre lo de antes y lo de ahora. En un estudio pionero, el historiador Edward Shorter consideraba que había una clara línea divisoria entre la frialdad del mundo pre-moderno y la eclosión afectiva que experimentó el núcleo familiar a partir de la Ilustración (Shorter, 1975); un punto de vista que más tarde fue desarrollado por Elisabeth Badinter y, sobre todo, por Philip Ariès (Badinter, 1980; Ariès, 1962). Como es bien sabido, este historiador francés defendía que la Edad Media carecía de un concepto delimitado de infancia, una noción que a su juicio fue configurándose en un lento proceso que sólo llegó a consolidarse en el siglo XVIII. Desde su punto de vista, los cambios que condujeron a la denominada “familia igualitaria” afectaron también a los animales y a los niños, que comenzaron a tratarse, según estos historiadores, con más cuidado y afecto.

Todas estas publicaciones recibieron un enorme conjunto de críticas y fueron seguidas por otros tantos estudios que defendían una mayor continuidad entre el antiguo y el nuevo régimen (Marfarle, 1979; Thompson, 1977; Pollock, 1983; Stearns, 2010). El desacuerdo entre muchos historiadores de la infancia y la familia no consistió tanto en negar la irrupción de un nuevo *estilo emocional* cuanto en discutir el grupo social que debía ser considerado responsable de esta discontinuidad en la historia de los afectos. Después de todo, podía tratarse del proletariado, de las clases populares, de la burguesía o de la aristocracia. Para Randolph Trumbach, por ejemplo, Stone había señalado correctamente un aspecto esencial en relación al tránsito de un modelo de familia patriarcal a un modelo igualitario, pero no cabía compartir su predilección por hacer protagonista de ese cambio a la burguesía y a las clases medias en detrimento de la aristocracia (Trumbach, 1979). En el caso concreto de la historia de la infancia, a los seguidores de Philippe Ariès, se opusieron los planteamientos de Linda Pollock, quien a través de una distinción entre la historia de la representación y la historia de la vida cotidiana, planteó una línea de investigación mucho más continuista. Su ejemplo fue seguido por otros muchos historiadores que, contrarios a las tesis de Elias, comenzaron a defender una secuencia mucho más homogénea entre la comunidad emocional medieval y moderna (Rosenwein, 2002 y Jaeger, 1984).

Este mismo problema de la continuidad o discontinuidad sugería que los historiadores estaban en condiciones de estudiar cambios emocionales en un sentido diacrónico de la misma manera que los antropólogos habían señalado variaciones geográficas. Tanto si esos cambios podían interpretarse como responsables de otras modificaciones históricas como si reflejaban modificaciones anteriores, “el cambio emocional debía adherirse al tejido histórico” (Stearns y Stearns, 1985: 820); más aún: los conflictos interpretativos relacionados con la historia de la vida afectiva de la familia solo podrían resolverse en la medida en que fuera posible distinguir entre los sistemas normativos y las experiencias emocionales, pues mientras los cambios en los valores y estándares emocionales podían ser muy grandes, no así los cambios en las experiencias mismas, que los Stearns consideraban, como otros muchos historiadores, en su mayor parte inaccesibles. A su juicio, era incluso posible que no hubiera cambio alguno en lo que respecta a las emociones básicas (Stearns 1985: 829).

3. LA EXPERIENCIA PRE-MODERNA Y EL PESO DE LA ANTROPOLOGÍA

Más que a la historia social, la historia cultural ha sido la corriente historiográfica a la que suele remitirse la historia de las emociones, tanto en lo que tiene de obvio antecedente como en lo que concierne a su fuente de inspiración. Una doble vinculación que no resulta nada extraña, sobre todo si se piensa en la deuda que la historia cultural ha tenido siempre con la antropología. Por un lado, una buena parte de la historia de las emociones ha estado asociada a los estudios de la “mentalidad” pre-moderna. Por el otro, la descripción del carácter significativo de la experiencia ha conducido también al estudio de las experiencias y prácticas emocionales. En ambos casos, el análisis cultural de las emociones o de los sentimientos tiene antecedentes lejanos. La noción de “estilo de vida”, por ejemplo, ya aparece en el estudio sobre la Francia y los Países Bajos de los siglos XIV y XV publicado por Johan Huizinga en 1919. Apoyado en una enorme variedad de fuentes y una prosa magistral, el propósito de este erudito holandés fue mostrar de qué modo los sentimientos medievales podían encajarse en formas fijas, estilizadas y artísticas, que supusieran al mismo tiempo la manifestación de un anhelo y la materialización de una experiencia (Huizinga, 1919: 155). Para Huizinga, como más tarde para Baxandall o para John Dewey, el arte no era más que la objetivación incompleta de una experiencia emocional ligada, en el caso de la Francia de finales de la Edad Media, al deseo de exornación: “Era necesario hacer entrar las emociones en un sólido marco de formas contrastadas. De este modo se dotaba a la vida de un orden”, escribía (Huizinga, 1919, 72).

El Otoño de la Edad Media compartía rasgos teóricos tanto con la filosofía de la experiencia de Wilhelm Dilthey como con la sociología de las formas culturales de Georg Simmel. De manera tangencial, el libro también incluía una descripción de la desenfundada extravagancia e inflamabilidad del espíritu medieval, muy en consonancia con la idea, tan extendida entonces, del carácter disruptivo de la experiencia moderna. Como para otros autores que escribieron después de él, el mundo medieval estaba revestido de una pasión violenta e incontrolada que se manifestaba en el miedo, en el deseo de venganza, en la ira, en la crueldad y en la misericordia: “Tan abigarrado y chillón era el colorido de la vida, que era combatible el olor de la sangre con el de las rosas”, (Huizinga, 1919: 39). La descripción de la conducta emocional de este “pueblo con cabeza de niño”, de este mundo malo gobernado por el odio y la violencia, tenía lugar a través del estudio de las formas materiales que habían servido para configurar la experiencia.

La investigación sobre rituales, creencias e instituciones, así como sobre momentos de crisis y revolución tradicionalmente considerados menores por la historia social, también

formaron parte del clima intelectual en el que se desarrolló la llamada *Escuela de Annales*, (Burke, 1990). Tanto la obra de Lucien Febvre como la de Marc Bloch estaba permeada por una concepción antropológica de la historia que provenía sobre todo de la mano de Levy-Bruhl y de sus estudios sobre la llamada “mentalidad primitiva”, así como de la influencia de la obra de Durkheim sobre las formas elementales de la vida religiosa. En este influyente libro, el sociólogo francés había intentado explicar el universo emocional, sensorial e intelectual a través de un proceso por el que la “representación colectiva”, al configurar las experiencias individuales más primarias, parecía una fábrica de alucinaciones (Durkheim, 1912: 229). El impacto de esta obra fue tan grande que las emociones, las representaciones o las memorias colectivas se incorporaron tanto a la obra de Bloch sobre la sociedad feudal como al programa de psicología histórica propuesto por Lucien Febvre. Mucho antes de la historia de inspiración psicoanalítica del historiador norteamericano Peter Gay (Gay, 1984-1998), o de la antropología histórica inspirada en la obra de Clifford Geertz (Geertz, 1997) -como la de Robert Darnton, por ejemplo-, la *Escuela de Annales* ya incluía en sus libros la dimensión emocional de la existencia, así como la relación entre la cultura material y la historia de las emociones. La propia expresión “cultura popular”, con la que muchos historiadores de los años setenta y ochenta intentaron abordar el estudio de las mentalidades de la Europa “rural”, “agraria”, “no-oficial” y “local” (en el sentido de periférica), también provenía de esa conjunción.

En el caso particular de la “mentalidad colectiva” del mundo rural francés, dos autores contribuyeron sobremedida a describir al campesino como un prisionero de sus condiciones emocionales, incluyendo la relación que podía establecer con su medio rural. En línea con la obra del antropólogo Le Roy Ladurie, tanto Robert Mandrou como Robert Muchembled defendieron una posición claramente disruptiva, en donde el mundo moderno y medieval parecía estar gobernado por pasiones incontroladas y emociones violentas (Le Roy Ladurie, 1975; Mandrou, 1961; Muchembled, 1978). La psicología histórica no sólo hacía referencia al utillaje mental, sino que añadía una historia de los sentidos a la historia de las mentalidades, como parte del relato de lo inarticulado (Mandrou, 1975, p 91). El clima de inseguridad del campesino, víctima de un mundo que no podía comprender y en el que no podía intervenir, fue descrito en términos emocionales, relacionados con la ansiedad y con el miedo. También Robert Muchembled habló de un “clima de desasosiego” producido por peligros reales o imaginarios. Siguiendo con la tradición explorada por Huizinga, consideró que los hombres y mujeres de la Europa pre-moderna vivían aterrorizados, sometidos a la acción inmisericorde de espíritus, de monstruos o de agentes impredecibles. En ese universo irracional, el hombre y la mujer medieval se encontraban presos de sus pasiones violentas y mórbidas, así como de la ausencia absoluta de auto-control (Delumeau, 1978). En este contexto, la denominada “cultura popular” operaba como un sistema de sobrevivencia, que gobernaba las reglas de expresión emocional. La magia, la creencia en las agencias sobrenaturales debía interpretarse como respuesta a un universo pasional. Como en el *Rabelais* de Lucien Febvre, los campesinos del mundo moderno se encontraban presos de su “utillaje mental” tanto como de sus condiciones geográficas. A pesar de las críticas a la noción de “estructura”, los sujetos de estudio parecían estar determinados por condiciones estructurales y atributos mentales que fueron descritos con frecuencia en términos de carencias (Clark, 1983).

4. LA NAVEGACIÓN DEL SENTIMIENTO

La publicación en el año 2001 del libro de William Reddy, *The Navigation of Feeling*, suponía un esfuerzo por solventar los problemas relacionados con una versión *esencialista*

de las emociones frente a una visión *contextualista*, tal y como había sido promovida por la antropología cultural. Para hacer frente al reto, este profesor de la Universidad de Duke se armó de un importante número de conceptos, así como de una teoría en parte derivada de la filosofía del lenguaje. Aun cuando fuera recibido con precaución por los historiadores de las emociones (Rossenwein, 2002; Stearns, 2003), el libro proporcionó nuevas herramientas teóricas que han venido utilizándose de manera más o menos continuada durante los últimos años. En primer lugar, su interpretación de las emociones como “emotivos”. En segundo lugar, su visión de que la historia de las emociones debía proporcionar una ayuda a otras corrientes historiográficas a la hora de comprender fenómenos relacionados con el cambio social: “*The history of the [French] Revolution cannot be understood without an adequate theory of emotions*” (Reddy, 2001: 199). Ambos asuntos, el que parte de una nueva unidad de análisis como el que hace referencia a una filosofía de la historia, merecen una cierta reflexión, pues mientras el primero proponía una nueva teoría capaz de solventar las limitaciones de la antropología, la *navegación del sentimiento* abordaba el problema del cambio social desde la perspectiva de una teoría de la *historia sensible*.

Por más que los “emotivos” no hayan tenido repercusión en el contexto de la historiografía de las emociones, esto no debería hacernos perder de vista las circunstancias que rodearon su aparición. El término no ha cuajado, pero esta ausencia no resta mérito a la propuesta. La posición de Reddy tenía la ventaja de venir informada tanto por el conocimiento de las ciencias cognitivas como por la filosofía de la mente y del lenguaje. La idea de que el historiador no puede permanecer indiferente al desarrollo de las ciencias experimentales, tan obvia hoy en día, condujo a negar la teoría universalista de las emociones básicas, propuesta en su día por Paul Ekman (Ekman, 1980), así como a decidir entre una aproximación más biologicista, en donde las emociones parecerían procesos físicos automáticos e inconscientes, y una interpretación más cognitivista, en donde las emociones se definían como hábitos sobre-aprendidos que podían ser enseñados y alterados por decisiones conscientes (Isen y Diamond, 1989). Al optar por esta última opción, parecía diluirse toda frontera no sólo entre afectos y emociones, sino entre fenómenos conscientes o inconscientes, automáticos y voluntarios. Este problema, que podríamos caracterizar como “el problema de la agencia o libertad emocional”, estaba también presente en la antropología cultural. Siguiendo la crítica a los modelos universalistas de las emociones, (la obra de Michelle Z. Rosaldo, de Catherine Lutz, de Lila Abu-Lughod), Reddy ponía en tela de juicio que las emociones, comprendidas como resultado de la evolución biológica, tuvieran un carácter universal dependiente de la constitución morfológica de los sistemas nerviosos límbico y central. Hasta aquí nada que objetar. Al mismo tiempo, sin embargo, de la variabilidad cultural de las expresiones emocionales sugería una dependencia entre emoción y discurso que hacía difícil explicar tanto la agencialidad como el cambio emocional.

El propósito del libro de Reddy era resolver ambas dificultades, de modo que las emociones pudieran comprenderse en el contexto de una realidad cultural, discursiva, sin perder de vista su papel en una historiografía del cambio histórico (Reddy, 1997). Partiendo de la teoría de los actos de habla de J. L. Austin, Reddy aceptó que las emociones tenían un carácter esencialmente performativo. Para Reddy, sin embargo, las expresiones emocionales también debían comprenderse como traducciones parciales de un material cognitivo que excedía la capacidad de atención. De ahí que fuera posible distinguirlas de las meras sentencias o emisiones lingüísticas. Dicho de otra manera, para Reddy las emociones se aprenden; de acuerdo. Pero ni se aprenden en el vacío ni se construyen sobre la nada. En sintonía con las críticas al dualismo de inspiración cartesiana, la oposición entre el constructivismo de corte culturalista y el naturalismo biologicista también carecía, a su juicio, de futuro. Las emociones, *strictu sensu*, no refieren a un mundo exterior, sino que traducen

de manera incompleta otras modalidades sensoriales, que a su vez pueden también traducirse en términos de acción, de propósito o de valencia. A juicio de Reddy, esto abre “la posibilidad de la agencia humana, del ensayo y del error, así como de la dinámica histórica que estaba tristemente ausente en la teoría post-estructuralista” (Reddy, 2001: 88). Una expresión emocional, un “emotivo”, no constituye una emisión lingüística declarativa. No es ni verdadera ni falsa en relación a un mundo exterior que estuviera *ahí fuera* o en relación a un mundo interior que estuviera *ahí dentro*; tampoco es simplemente performativa, como lo sería cualquier otro acto de habla. Las expresiones emocionales son traducciones, normalmente verbalizadas, de otras tantas modalidades sensoriales que acompañan la atención. Son traducciones de traducciones. Por eso cabe decir que dependen de aquello de lo que parten y que también construyen aquello de lo que hablan. Son al mismo tiempo reales y construidas, siempre que se entienda que la realidad no es auto-referencial ni la construcción lo hace a partir de la nada.

Esta caracterización de la expresión emocional como una emisión lingüística que es al mismo tiempo traducción (de algo) y creación (de otra cosa) permite desarrollar una teoría de la historia capaz de dar cuenta del modo en el que las emociones no sólo se construyen sino que también se manejan: “*We need a conceptual frame that acknowledges the importance of management (as opposed to construction) of emotion*” (Reddy, 2001: 119). Justamente porque los estilos normativos no determinan por entero los estilos emocionales, los sentimientos pueden “navegarse”, en el sentido de permitir un espacio para la ruptura del régimen emocional hegemónico. Esto sólo es posible porque las expresiones emocionales no son ni completamente naturales ni enteramente construidas. De ser así, no habría posibilidad de subversión normativa. La tensión entre la adecuación y la construcción, el “sufrimiento emocional”, constituye, para Reddy, la quintaesencia de la dinámica histórica, hasta el punto de que la historia de las emociones no es otra cosa que la historia del sufrimiento emocional. Si los regímenes (emocionales) autoritarios generan una gran cantidad de sufrimiento emocional, también potencian, inevitablemente, una mayor navegación interior de sentimientos (Ibíd.: 126) que a la larga puede desembocar en la formación de un “refugio emocional”, es decir: en una organización capaz de proporcionar una relajación de los estilos normativos hegemónicos.

De manera general, la posición de Reddy podía discutirse en dos frentes. El primero de ellos concierne a su dependencia analítica de la teoría del discurso y de la filosofía del lenguaje. Para autores como Johanna Bourke o como Monique Sheer, no cabe aceptar que la expresión emocional sea solo lingüística. En un artículo pionero en el estudio histórico de las emociones, la profesora Bourke reconocía que la emocionología, así como distintas formas de constructivismo, tenían series dificultades a la hora de dar cuenta de las expresiones fisiológicas (y no sólo lingüísticas) de las emociones: “*to argue that historians can only analyse emotions discursively does not require a denial that emotions have a physiology*” (Bourke, 2003: 121). Su programa de investigación, al que denominó “aestesiología” ha sido, en este sentido, mucho más exitoso que el de Reddy, por más que la denominación misma no sea mencionada por (casi) nadie. Monique Sheer, por su parte, considera que concebir las emociones como práctica significa entenderlas como disposiciones corporales condicionadas por un contexto cultural (Sheer, 2012). A partir de una lectura de la noción bourdieuliana de “*habitus*”, Sheer considera que el cuerpo no es estático y que, en consecuencia, una historia de las emociones debería considerar no sólo expresiones lingüísticas, sino la interrelación entre el cuerpo, la mente y las relaciones sociales. A su juicio, el cuerpo está profundamente determinado y conformado por el “*habitus*”. Más aún, sólo desde este punto de vista pueden comprenderse los comportamientos reflejos y automáticos, las respuestas espontáneas, así como otras categorías con las que la psicología ha intentado explicar las emociones (Sheer, 2012: 201).

En segundo lugar, el texto de Reddy se puso en entredicho por su falta de aplicabilidad. Las bondades de su filosofía de la historia parecían remitirse a un ejemplo, el mismo que él mismo había desarrollado en su *Navigation of Feeling*, que en el mejor de los casos parecía el único ejemplo posible y, en el peor, no parecía siquiera un ejemplo de nada. La primera posición fue sugerida por Barbara Rossenwein mientras que la segunda fue claramente reconocida por Peter N. Stearns. Para este segundo autor, el libro de Reddy era sencillamente “frustrante” (Stearns, 2003), entre otras cosas porque la segunda parte no era propiamente una historia de las emociones, ni siquiera una historia de los estándares emocionales, mucho menos aún una historia de la experiencia emocional, sino una historia intelectual de las ideas. Stearns reconocía el mérito de Reddy a la hora de poner en relación sistemas emocionales y regímenes políticos, pero consideró que la descripción histórica de la segunda parte de su libro sólo suponía un ejercicio intelectual, compuesto, en última instancia, de lugares comunes. Se preguntaba Stearns si el sistema propuesto por Reddy podría replicarse, de manera que pudiera comprobarse la utilidad de los conceptos y del marco teórico propuesto: “*I am not sure of the answer*”, reconocía.

A pesar de las críticas, Reddy señaló en 2008 al menos tres aspectos por los que, a su juicio, merecía la pena mantener viva la idea de los *emotivos* y de la navegación emocional. En primer lugar, puesto que los cambios en las normas o ideales emocionales iban acompañados tanto de improvisación como de ensayo y error, los historiadores deberían ser capaces de encontrar evidencia histórica de esas formas de variación espontánea en las normas de regulación expresiva. En segundo lugar, Reddy pensaba que los regímenes emocionales producían con frecuencia “errores”, es decir, desviaciones accidentales de sus propios modelos normativos. Finalmente, consideraba que los regímenes emocionales daban lugar a formas más o menos intensas de sufrimiento emocional. A su juicio, el marco teórico que asocia la formación y conformación de experiencias a la navegación del sentimiento permitía una lectura política e histórica acerca del modo en que las prácticas expresivas moldean nuestra experiencia (Reddy, 2008: 97).

5. CARACTERÍSTICAS CONTEXTUALES Y EXPLICATIVAS DE LA EXPERIENCIA

Sin renunciar a su obra anterior, ni al marco teórico desarrollado en *The Navigation of Feeling*, William Reddy optó en 2012 por una perspectiva comparada para demostrar el carácter históricamente condicionado del deseo sexual (Reddy, 2012: 34). La historia del amor romántico requería de un esfuerzo de clarificación, de modo que pudiera determinarse qué hay de original y qué no en la norma obligatoria que, en Occidente, regula la pulsión para encontrar pareja o, como la denomina el propio Reddy, “*the longing for association*”. Esta investigación, que compara el Japón del período Heian, el vaishnavismo hindú medieval y el Occidente del mundo caballeresco de las canciones de gesta, proporciona muchas evidencias del carácter culturalmente mediado de las pasiones. Al mismo tiempo, sugiere que la historia de las emociones debe salir de la mera consideración contextual, que ya reivindicó en su día tanto la antropología como la historia cultural, y proponer un marco explicativo que sea al mismo tiempo político y dinámico. El problema a resolver ya no consiste tan solo en afirmar el carácter local o contextual de la experiencia emocional, sino en hacer ver de qué modo la historia de los emociones puede introducir la agencialidad y la causación en la investigación histórica, un punto de vista que ha sido explorado recientemente en relación a la historia del dolor (Wailoo, 2014; Abruzzo, 2011).

En un texto reciente, Susan J. Matts y Peter N. Stearns han identificado cuatro problemas en el contexto de la historia de las emociones: el problema de la clase social, el problema de la causación, la cuestión de la audiencia, así como la mencionada delimitación y variación

geográfica. El primero refiere a la forma en la que las emociones definen comunidades o grupos articulados. El segundo plantea la dificultad de por qué, en un escenario de cambio emocional, surgen algunas experiencias y no otras. ¿Es posible, por ejemplo, sugerir que algunos cambios en las condiciones demográficas o económicas, que un incremento en la economía competitiva, propiciara un cambio en las experiencias emocionales? (Leites, 2002) ¿Cabe decir que los movimientos revolucionarios de finales del siglo XIX estuvieran apoyados sobre nuevas experiencias o teorías sentimentales? Este es el punto de vista que, de una manera o de otra, han defendido algunos autores desde que William Reddy propusiera su idea de los “regímenes emocionales” en relación a los acontecimientos de la Francia revolucionaria. En su estela, se han publicado otros muchos textos que también buscan las raíces emocionales del mundo contemporáneo. Especialmente relevantes en este sentido han sido las investigaciones relacionadas con la Revolución colonial norteamericana, donde muchos autores han subrayado la relación entre los acontecimientos políticos y el clima emocional (Burstein, 1999; Knott, 2009; Eustace, 2008).

Ni que decir tiene que no todo el mundo comparte esta lista de problemas. Antes al contrario, daría la impresión de que cada autor, incluyendo a quien esto escribe, concibe su propio repositorio de dificultades, ya sean estas de naturaleza epistémica o metodológica (Moscoso, 2014b, 2015; Rossenwein, 2002b; Forum, 2009; Frevert, 2014; Sulliwán, 2012). Todas estas disparidades sugieren que la historia de las emociones no sólo atañe al estudio histórico de un objeto elusivo, definido de mil maneras y nunca aprehendido por entero, y ni siquiera tal vez a las formas históricas de expresión o represión. La historia de las emociones no sólo suma, sino que también cuestiona. Suma, desde luego, a la hora de reivindicar un recorrido diacrónico por algunas de las formas de la subjetividad que habían quedado tradicionalmente relegadas. Pero cuestiona también el papel que la historia cultural consiguió atribuirse como garante del estudio de la denominada entonces “psicología histórica”. Deudora de la antropología, la historia de las emociones no puede perder de vista la demanda legítima de volver a introducir la explicación en la narración del pasado emocional. Para los pocos biólogos y antropólogos estrictamente universalistas, reconocer el carácter contextual de los gestos expresivos y de las experiencias emocionales puede significar mucho. Para los historiadores, sin embargo, ese “mucho” sabe más bien a poco. La emociología de los Stearns o la navegación del sentimiento de William M. Reddy puede no haber conseguido satisfacer las expectativas teóricas de todo el mundo. Sus propuestas, sin embargo, abrieron líneas de investigación que están lejos de estar cerradas. La agencialidad, la libertad emocional o el estudio de los estándares emocionales en su relación con elementos demográficos o sociales configuran un programa de investigación que, en sí mismo, sobrepasa las fronteras de la mera forma cultural de la experiencia para presentarnos un panorama dinámico en el que la historia no sólo signifique, sino que también explique.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRUZZO, M. (2011): *Polemical Pain. Slavery. Cruelty, and the Rise of Humanitarianism*, Baltimore, Johns Hopkins.
- ARIÈS, P. (1962): *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*, New York, Vintage Books.
- BADINTER, E. (1980): *L'amour en plus: Histoire de l'amour maternel, 17-20 siècles*, París, Flammarion.
- BOURKE, J. (2003): “Fear and Anxiety: Writing about Emotion in Modern History”, *History Workshop Journal*, 55, 1, 111-133.

- (2014): *The Story of Pain. From Prayer to Painkillers*, Oxford, Oxford University Press.
- BURKE, P. (1993): *The French Historiographical Revolution. The Annales School 1929-1989*, [Traducción española], Barcelona, Gedisa.
- BURSTEIN, A. (1999): *Sentimental Democracy: The Evolution of America's Romantic Self-Image*, New York, Hill and Wang.
- CLARK, S. (1983): "French Historian and Early Modern Popular Culture", *Past and Present*, 100, 62-99.
- DASTON, L. (1995): "The Moral Economy of Science", *Osiris*, 10, 2-24.
- DELEMEAU, J. (1978): *La peur en Occident*, Paris, Arthème Fayard.
- DIXON, T. (2003): *From Passions to Emotions. The Creation of a Secular Psychological Category*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DURKHEIM, E. (1912, reed. 1995): *The Elementary Forms of Religious Life*, [traducción al inglés por Karen E. Fields], New York - London, The Free Press.
- EKMAN, P. (1980): *The Face of Man: Expressions of Universal Emotions in a New Guinea Village*, New York, Garland STPM Press.
- EUSTACE, Nicole, (2008): *Passion, Is the Gale. Emotion, Power and the Coming of the American Revolution*, Williamsburg, University of North Carolina Press.
- (2012), *1812. War and the Passions of Patriotism*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- (2010): "Forum: The History of Emotions", *German History*, 28, 1, 67-80.
- FEBVRE, L. (1973): "Sensibility and History: How to Reconstitute the Emotional Life of the Past", in Burke, P. (ed.): *A New Kind of History*, London, Harper Row, 12-26.
- FREVERT, U. (2011): *Emotions in History: Lost and Found*, Budapest, Central European University Press.
- (2014): "Defining Emotions: Concepts and Debates over Three Centuries", *Emotional Lexicons. Continuity and Change in the Vocabulary of Feeling 1700-2000*, Oxford, Oxford University Press, 1-31.
- GAMMERL, B. (2012): "Emotional Styles. Concepts and Challenges", *Rethinking History*, 16, 2, 161-175.
- HUIZINGA, J. (1994): *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y los Países Bajos*, Madrid, Alianza.
- ISEN, A. y DIAMOND, G. A., (1989): "Affect and Automaticity", en Uleman, J. S. y Bargh, J. A. (eds.): *Unintended Thought: Limits of Awareness, Intention and Control*, Cambridge, Cambridge University Press, 124-152.
- JAEGER, C. S. (1984): *Ennobling Love: In Search of a Lost Sensibility*, Philadelphia: University of Philadelphia Press.
- KNOTT, S. (2009): *Sensibility and the American Revolution*, Williamsburg, University of North Carolina Press.
- KONSTAN, D. (2007): *The emotions of the Ancient Greeks. Studies in Aristotle and Classical Literature*, Toronto: University of Toronto Press.
- KUTCHER, N. (2014): "The Skein of Chinese Emotions History", en Matt, S. J. y Stearns, P. N., *Doing Emotions History*, Urbana, Chicago and Springfield, University of Illinois Press, 57-73.
- LABANYI, J. (2010): "Doing Things. Emotions, Affect, and Materiality." *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11,3, 223-233.
- LEITES, E. (2002): *Conscience and Casuistry in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge Univesrsity Press.
- LEWIS, M.; HAVILLAND-JONES, J. M. y FELDMAN, L. (2008): *Handbook of Emotions*, New York, The Guilford Press, London.

- LE ROY LADURIE, E. (1975): *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1324*, Paris, Gallimard.
- LEYS, R. (2011): 'The Turn to Affect: A Critique', *Critical Inquiry*, 37, 434–72.
- LUTZ, C. A. y ABU-LUGHOD, L. (1990): *Language and the Politics of Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MACFARLANE, A. (1979): "The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800 by Lawrence Stone", *History and Theory*, 18, 1, 103-106.
- MASSUMI, B. (2002): *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*, Durham, Duke University Press, 2002.
- MANDROU, R. (1961), *Introduction à la France moderne: essai de psychologie historique, 1500-1640*, Paris, Albin Michel.
- MATT, S. J. (2011): "Current Emotion Research in History: Or Doing History from the Inside Out", *Emotion Review*, 3, 1, 117–24.
- MATT, S. y STEARNS, P. N. (2014): *Doing Emotions History*, Urbana, University of Illinois Press.
- MOSCOSO, J. (2012): *Pain. A Cultural History*, Basingstoke, Palgrave, McMillan.
- (2014a): "Lingering and Exquisite Pains. Facing Cancer in Early Modern Europe", en Boddice, R. (ed.), *Hurt Feelings. Pain and Emotions in Modern History*, Basingstoke, Palgrave, Macmillan, 2014, 16-35.
- (2014b): "Poétique, Rhétorique et Politique Des Émotions : Le Drame de L'expérience," in *Le passé des émotions. D'une histoire à vif en Espagne et Amérique Latine*, ed. Frédérique Langue et Luc Capdeville, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2014, 15-25.
- (2015): "From the History of Emotions to the History of Experience: The Multiple Layers of Material Expressions", en Delgado, E.; Fernández, P. y Labanyi, J. (eds.): *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History (18th Century to the Present)*, Vanderbilt Press, 2015, [en prensa].
- OATLEY, K. (2004): *Emotions: A Brief History*, Oxford, Wiley-Blackwell.
- MUCHEMBLED, R. (1978): *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne (XV^e-XVIII^e siècles)*, Paris, Flammarion.
- (2010): *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*, Barcelona, Paidós.
- PLAMPER, J. (2015): *The History of Emotions. An Introduction*, Oxford, OUP.
- POLLOCK, L. (1983): *Forgotten Children: Parent-Child Relationships from 1500 to 1900*, Cambridge, CUP.
- REDDY, W. M., (1997): "Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions", *Current Anthropology*, 38, 327-351.
- (2001): *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, New York, Cambridge University Press.
- (2008): "Emotional Styles and Modern Forms of Life", en Karafyllis, N. and Ulshöfer, G. (eds.): *Sexualized Brains. Scientific Modeling of Emotional Intelligence from a Cultural Perspective*, Cambridge, MA, MIT press, 2008, 81-100.
- (2009): "Historical Research on the Self and Emotions", *Emotion Review*, 1, 4, 302-315.
- (2012): *The Making of Romantic Love. Longing and Sexuality in Europe, South Asia and Japan, 900-1200*, Chicago and London, University of Chicago Press.
- RUDÉ, G. (1964): *The Crowd in History. A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730–1848*, New York, Wiley & Sons.
- ROSSENWEIN, B. (2002): "William Reddy, The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions", en *American Historical Review*, 107, 4; 1181-1182.
- (2002b): 'Worrying about Emotions in History', *American Historical Review* 107, 3, 2002, 821–45.

- (2006): *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. Ithaca: Cornell University Press, 2006.
- (2010): “Problems and Methods in the History of Emotions”, *Passions in Context*, 1, 1-32, <http://www.passionsincontext.de/index.php?id=557> (Consulta: 5-12-2013).
- SHEER, M. (2012): “Are Emotions a Kind of Practice (and is That What Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”, *History and Theory*, 51, 2, 193–220.
- SHORTER, E. (1975): *The Making of the Modern Family*, New York: Basic Books.
- SIMMEL, G. (1911, reed. 1971): “The Conflict of Modern Culture”, en Simmel, G.: *On Individuality and Social Forms*, Chicago and London, Chicago University Press, 375-393 (Traducción española en SIMMEL, G. (1999): *Cultura femenina y otros ensayos*, Barcelona, Alba, 139-175).
- SOLOMON, R. C. (2008): “The Philosophy of Emotions”, en Lewis, M.; Haviland-Jones, J. M. y Feldman, L. (eds.): *The Handbook of Emotions*, London and New York, The Guilford Press, 3-17.
- STEARNS, P. N. (2003): “The Navigation of Feeling: A Framework for the History of emotions”, *Journal of Interdisciplinary History*, 33, 3, 473-475.
- (2010): *Childhood in World History*, New York, Routledge.
- (2014): “Modern Patterns in Emotions History”, en Matt, S. J. y Stearns, P. N.: *Doing Emotions History*, Urbana, Chicago and Springfield, University of Illinois Press, 2014.
- STEARNS, P. N. y STEARNS, C. Z., (1985): “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *American Historical Review*, 90, 4, 813-836.
- STONE, L. (1971): *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, New York, Harper & Row.
- SULLIVAN, E. (2013): “Review Article: The History of Emotions: Past, Present, Future”, *Cultural History*, 2, 1, 93-102.
- THOMPSON, E. P., (1971): “The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century”, *Past & Present*, 50, 76-136.
- (1977): “Stone, The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800”, *New Society*, 8, 499-501.
- TRUMBACH, R. (1979): “Europe and Its Families. A Review Essay of Lawrence Stone, The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1880”, *Journal of Social History*, 13, 136-143.
- WAILOO, K. (2014): *Pain. A Political History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.